

Artículos

Tomar medidas II

Esther Alonso Cardona

aula7activa

Edita

aula7activa

Aula7activa-AEGUAE

Barcelona

Tel.: +34 616 754 880

E-mail: info@aula7activa.org

Web: www.aula7activa.org

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de www.aula7activa.org solo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

© 2016, Esther Alonso Cardona

© 2016, Aula7activa-AEGUAE, de esta edición en español para todo el mundo.

Aula7activa no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta obra.
El texto publicado expresa exclusivamente la opinión de su autor.

Tomar medidas II

Esther Alonso Cardona

De las reflexiones del artículo anterior concluimos que, antes del pecado, el hombre vivía una vida cuya cualidad principal era poseer unos márgenes preparados para crecer si permanecían en el amor del Creador. Pero el pecado cambió las cosas y al propio hombre. Por su nuevo estatus, su cuerpo y mente, antes espirituales, volvieron sus ojos a intereses carnales llevando una existencia en lo físico adaptada a las coordenadas espacio-temporales. Así, las expectativas de Dios con sus hijos tuvieron que cambiar. Pero su amor por el hombre seguía teniendo las dimensiones divinas, porque no sólo estableció las barreras del mar o la tierra, y puso las lumbreras para marcar los tiempos, también se puso límites a sí mismo y se hizo carne semejante a la de pecado y habitó entre nosotros. El que era Dios no tuvo en menos el hacerse siervo. Todo esto para que nosotros pudiéramos recibir de nuevo su regalo y devolvernos el cuerpo espiritual que tiene otras coordenadas diferentes. Gracias a Cristo, todos los que hayan vuelto a nacer son hijos por adopción y se nos invita a vivir como tales. ¿Cómo responde el hombre a ese amor?

El apóstol Pablo nos hace una sugerencia:

*Sed, pues, **imitadores de Dios, como hijos queridos**, y vivid en el amor como Cristo os amó... (Efesios 5:1-2)¹*

¿Qué supone ser imitador de Dios?, ¿permitir ser medidos de igual forma que lo fue Dios? Según señala el propio texto, es «*vivir en el amor como Cristo nos amó*». Pero ¿cómo se puede compaginar medida con amor? ¿No son incompatibles? Inicialmente vimos la medida de Dios. A continuación analizaremos cual es la medida del hombre.

Medida del hombre

En el mundo físico, la medida es la expresión comparativa de dimensiones o cantidades y además es la unidad que sirve para calcular longitudes, áreas o volúmenes. El ser humano, para poder desarrollar sus actividades y su propia existencia, necesita establecer cánones y estándares para cada una de las dimensiones. Las medidas son imprescindibles para **descubrirnos y ayudarnos a CONOCER el mundo que nos rodea y a nosotros mismos**. Ésta es su principal función.

No obstante, de ella se deriva otra secundaria. Las medidas son **índices que señalan las características propias de cada individuo, objeto o fenómeno y que evalúan su correcto desarrollo**. Porque cualquier variante que se encuentre dentro de estos límites le permitirá saber que algo no marcha bien. Pongamos un pequeño ejemplo. Si os dijera que acabo de ver a un precioso niño que mide 50 cm y pesa 800 gr consideraríais mi opinión errónea. Tan sólo por los datos numéricos

¹ La versión bíblica empleada en este artículo es la Biblia de Jerusalén 1999.

percibís que se trata de un bebé prematuro, porque las medidas también indican el correcto crecimiento y el desarrollo proporcional que cada ente u organismo vivo experimenta.

Y un tercer objetivo de las medidas físicas es **el desarrollo y realización de proyectos**. Para ello:

- 1º. Deben emplearse las medidas adecuadas a cada magnitud. Por ejemplo, no se puede medir la habitación de una casa en milímetros sino en metros cuadrados, dado que se han de tener en cuenta tanto la anchura como la profundidad.
- 2º. Toda medida tiene una unidad sobre la que se establecen las demás. Es el empleo de la llamada “medida común”, que es la cantidad que cabe exactamente cierto número de veces en cada una de otras dos o más de la misma especie que se comparan entre sí. Es decir 1 m = 100 cm y si quiero hacerme un vestido no utilizaré el litro para confeccionarlo sino el metro. Sólo así las medidas nos proporcionen una información correcta.

Así, las leyes que Dios estableció para conocer nuestro entorno e incluso a nosotros mismos y para realizar proyectos desde el punto de vista físico, y que todos entendemos que han de ser respetadas por nuestro bien, ¿en qué nos afectan como cristianos? Observemos estos versículos;

«Así dice el Señor Yahvé: Ya es demasiado, príncipes de Israel. Desistid de la opresión y de la violencia, practicad el derecho y la justicia, liberad a mi pueblo de vuestros impuestos, oráculo del Señor Yahvé. Usad balanzas justas, una arroba justa, una cántara justa. La arroba y la cántara sean iguales, de suerte que la cántara contenga un décimo de carga y la arroba un décimo de carga. A partir de la carga serán fijadas las cántaras. El siclo será de veinte óbolos. Veinte siclos, veinticinco siclos y quince siclos harán una mina.»
(Ezequiel 45:9-12)

Las medidas, tan materiales, señalan un problema más profundo que lo profano. En estas palabras descubrimos que la situación espiritual de Israel era verdaderamente lamentable. En varios mensajes Ezequiel se dedica a señalar los pecados del pueblo, a denunciar la instrucción pervertida de los sacerdotes corruptos y de los falsos profetas, y a descubrir los abusos cometidos por los gobernantes. Mostrándoles una visión de la restauración futura les ruega que efectúen un cambio. Y así, de la petición general de que practiquen el derecho y la justicia, convierte sus palabras en un consejo práctico para la vida diaria: *«usad balanzas justas, una arroba justa, una cántara justa.»*

En este pasaje de la historia de Israel, el tema de las medidas adquiere una nueva dimensión: la moral, porque el tipo de medida que usaban determinaba la medida del hombre. Así las medidas dan un salto cualitativo, traspasando la barrera de lo físico para definir su nueva función, una cuarta dimensión, la de **medir la catadura moral del hombre**. Una función que en los Evangelios aún brilla con más fuerza. Porque no sólo no desaparece sino que se matiza todavía más.

Tomemos los dos textos paralelos de Marcos y Lucas:

«Les decía también: "Atended a lo que escucháis. Con la medida [μέτρῳ] con que midáis, se os medirá y aun con creces. Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará".» (Marcos 4:24-25)

«Dad y se os dará; una medida [μέτρον] buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida que midáis se os medirá.» (Lucas 6:38)

En estas palabras no se restringe el consejo a no engañar, sino que se invita a ser solidario, a mostrar misericordia y generosidad con los demás.

Pero, observad lo que dice Mateo:

«No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida [μέτρῳ] con que midáis se os medirá.» (Mateo 7:1-2)

¿Pero es acaso éste un reproche por MEDIR? ¡No! El reproche es por ¡JUZGAR! El ser humano tiene dos problemas en relación con las medidas:

- a. Les atribuimos una función equivocada.

La palabra griega traducida como medida que hemos visto en todos estos textos del Nuevo Testamento es μέτρον de la que deriva nuestro término metro. ¿Cómo pueden emplear un vocablo tan apegado a lo material para un contexto moral?

Porque en su etimología las medidas abarcan todo lo que es CONOCER, APREHENDER. Lo que **nunca** puede ser empleada es para **emitir juicios**.

- b. Las utilizamos incorrectamente.

La finalidad es correcta, CONOCERSE bien. Como dice el refranero español: *medirse uno consigo mismo* es conocerse y acomodarse a sus circunstancias.

Pero fallan las formas, la medida. Veamos lo que dice Pablo:

«Ciertamente no osamos igualarnos ni compararnos a algunos que se recomiendan a sí mismos. Midiéndose a sí mismos según su opinión y comparándose consigo mismos, obran sin sentido. Nosotros, en cambio, no nos gloriamos desmesuradamente; sino según la norma que Dios mismo nos ha asignado como medida al hacernos llegar también hasta vosotros [ἡμεῖς δὲ οὐκ εἰς τὰ ἄμετρα καυχησόμεθ, ἀλλὰ κατὰ τὸ μέτρον τοῦ κανόνος οὗ ἐμέρισεν ἡμῖν ὁ Θεὸς μέτρον ἐψ(φ)ικέσθαι ἄχρι καὶ ὑμῶν]. Porque no traspasamos los límites debidos...; hasta vosotros hemos llegado con el Evangelio de Cristo.» (2 Corintios 10:12-14)

Pablo no recrimina la medición, de hecho la aprueba (nuevamente se emplea el término μέτρον), pero hemos de hacerlo según la norma que Dios mismo nos ha asignado como medida y no midiéndonos a nosotros mismos según nuestra opinión y comparándonos con nosotros mismos.

Así que es necesario *tomar medidas* pero con **la medida divina**, ¿cuál es?:

«En virtud de la gracia que me fue dada, os digo a todos vosotros: No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la

medida de la fe [μέτρον πίστεως] que otorgó Dios a cada cual... Pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada,... ejerzámolo en la medida de nuestra fe.» (Romanos 12:3, 6)

Pablo exhorta a sus hermanos a transformarse «*mediante la renovación de la mente para distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto*» (Romanos 12:2). Y en este contexto, para ese objetivo, hacerlo según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. No según la del vecino, ni la del padre, ni la del amigo, sino la individual. Y ésta, no según uno mismo sino a través de la medida de Dios. Una medida que, en realidad, no establece una cantidad sino una semejanza entre asuntos paralelos. Esta es la verdadera medida según la cual cada ser humano debe medirse a sí mismo y a los demás. Y **no** para **juicio**, sino para **TRANSFORMACIÓN**.

Cuando el hombre transforma su mente no según sus facultades, no acomodándose al mundo presente sino por la fe, ésta le proporciona una nueva medida que le hará alcanzar una comprensión más profunda y completa de los que le rodean y sobre todo de sí mismo, porque habrá alcanzado una mayor dependencia de Dios y la aceptación de su medida.

«A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida de los dones de Cristo [τὸ μέτρον τῆς δωρεᾶς τοῦ Χριστοῦ],...»

Dios da el μέτρον de los dones de Cristo, ¿para qué?:

»...hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo [εἰς μέτρον ἡλικίας τοῦ πληρώματος τοῦ Χριστοῦ].» (Efesios 4:7, 13)

«Os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador.» (Colosenses 3: 10)

¡Bendito sea nuestro Padre que nos da su medida, la FE, por GRACIA, en Cristo Jesús para CONOCIMIENTO y CRECIMIENTO ESPIRITUAL! Mientras, el hombre carnal se mantiene con sus medidas, la medida de sí mismo y las normas de la ley. Con esta actitud sólo es capaz de juzgarse a sí mismo y a los demás, obrando sin sentido. Así, mientras Dios colma a la plena madurez de Cristo, los hombres van colmando constantemente la medida de sus pecados (1 Tesalonicenses 2:16).

Conclusión

Dios *tomó medidas* para sí, porque nos amó como Padre Creador y como Redentor. Se limitó para que pudiéramos percibirlo y acercarnos a Él nuevamente, poniéndose a sí mismo dimensiones humanas para eliminar nuestras barreras: *«para crear en sí mismo... un solo Hombre Nuevo, haciendo las paces, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo... Por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios.»* (Efesios 2:15-16, 18-19)

Dios puso medidas para que viviéramos y para que pudiéramos conocer nuestro estado físico y espiritual. No es un capricho, no es algo que esté mal, es una necesidad. Lo que está mal es no usarlo para crecer de forma individual o colectiva

sino para juzgar —Dios no lo hizo—. Y así como no puso límites a su amor hacia nosotros, nos pide a nosotros lo mismo. Él nos invita a vivir como sus hijos, a la manera del cielo. Y aunque nuestro cuerpo carnal es mortal y con limitaciones, regido por las leyes físicas, como hombres espirituales en Cristo Jesús, Él nos insta a no tener medida: «... el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos por el Espíritu, sigamos también al Espíritu.» (Gálatas 5:22-25)

Así vivió Jesús. No puso medida a su misericordia y amor por nosotros. Una entrega que le llevó al límite de darse hasta el final. Imitemos a nuestro Salvador. No pongamos límites en nuestro amor hacia Él y hacia el próximo. Así recuperamos las coordenadas divinas hasta que alcancemos la plenitud de Cristo, nuestro referente y modelo, con el propósito de **transformarnos, mejorarnos**, «*gracias a la renovación de nuestra mente*» (Romanos 12:2) **para crecer a la madurez de nuestro hermano Cristo y nuestro Padre Dios**, porque Jesucristo es tanto la medida de Dios como la medida del hombre, es el Primogénito que une la raza caída con el Padre Eterno.

«Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, llevada a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más excelente es el nombre que ha heredado. En efecto, ¿a qué ángel dijo alguna vez: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy; y también: Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo? Y nuevamente al introducir a su Primogénito dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.» (Hebreos 1:1-6)

«Os exhorto, pues,... a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados... Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y está en todos. A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida de los dones de Cristo.» (Efesios 4:1, 5-7)